

LOS HEROES DE "MEDIO PELO"

Por Andrés Sabella.

HIJO de médico, José Donoso nace con la condición del padre: enfrentarse a la vida tal cual es ésta, sin verla en espejismos, sintiéndola en sus plenitudes y en sus lacras. Agreguemos otra virtud a este poder mirar a las criaturas y a las cosas en su desnudez: la que le proporciona la vida misma, cuando Donoso decide más que una aventura una aprehensión de experiencias y se lanza a los caminos, primero, de la patria y, en seguida, a los de Argentina, Estados Unidos, México y Centroamérica, deseoso de que no "le cuenten cuentos".

De esta firme voluntad de hombre embarrado en la tierra de los hombres, crece avasalladoramente su maestría de cuentista. Sabe que no es posible que el escritor compita con la realidad en este juego de complicar y resolver asuntos; sabe, como Barbuse, que la imaginación más ardiente resulta pequeña comparada con la realidad. Entonces se construye escritor, paso a paso, hundándose en historias y henchéndose en lecturas. No es por azar que su primer cuento publicado es "China" (en la "Antología del Nuevo Cuento Chileno", de Enrique Lafourcade), preludio de esta curiosidad de mundo vivo que constituye la sal de sus libros. En "China" está la primera excursión hacia las sorpresas de la vida que preocupan a Donoso: se trata de un ligero paseo por la antigua calle San Diego en la capital:

"Por un lado el muro gris de la Universidad. Enfrente, la agitación maloliente de las cocinas alterna con la tranquilidad de las tiendas de libros de

segunda mano y con el bullicio de los establecimientos donde hombres sudorosos horman y planchan, entre estallidos de vapor". (1.)

Donoso niño la cruza, sonámbulo y ansioso, pesándola como una "calle mágica", sorteando charcos, maravillándose ante el nombre de los negocios. Su madre, de repente, al desarreglarle alguien el sombrero, exclama, sin presentar el influjo quimérico que traspasa al hijo:

—¡Por Dios, esto es como en la China!"

En aquel instante "la libertad, la aventura" cobran rostro y nombre. En adelante, "China", la calle, "ir a China" se convierten naturalmente en la obsesión pura del muchacho. Un día la calle extraordinaria se deshace en el tedio de un domingo y después se olvida. Surgen rutas más anchas, más sugestivas, más peligrosas. Surgen nuevas calles, nuevas "Chinas". Donoso aprende en estos tránsitos y trances a desprenderse de "todo lo que está

de más": rípios sentimentales, adjetivos pedregosos, detalles que inflan la prosa, pero no la ayudan a volar; así, se adueña del secreto del cuentista cabal, capaz de cuadros como éste de "Dinamarquero", en el que una sola imagen ("Todo el silencio de la pampa parecía haberse trasladado al interior del puesto") produce el ambiente de soledad que desgarró la historia.

"Nos quedamos un largo rato sin hablar. Todo el silencio de la pampa parecía haberse trasladado al interior del puesto. Los tres hombres seguían jugando al naípe y el que bebía solo se había dormido en su rincón. Sólo la Licha iba y venía entre las mesas retirando una botella, limpiando una mancha de barro en el suelo, trayendo un plato de sopa de coliflor. Luego doña Concepción se acercó a nosotros, tambaleándose un poco. Don Gaspar la ayudó a sentarse:

—Tan solita que voy a quedarme... —suspiró. (Pág. 83.)

Los personajes de José Donoso no son gentes de cuello duro. En esta preferencia de héroes de "medio pelo" le sale un rasgo de chileno limpio. No ignora el cuentista que es allí, en medio de los humildes y de los angustiados de clase media, donde se calienta el caldo verdadero de Chile:

"Alberto Aldea, el "Beto", como lo llamaban en la oficina de partes de la repartición pública donde trabajaba". (Pág. 53.)

"Juan Vizcarra continuaba viniendo a casa por lo menos una vez a la semana para encerrar, arreglar persianas, limpiar el gallinero, poner en orden los baúles del altílo". (Pág. 161.)

"Tocayos" (pág. 23 y ss.) es un cuento de olor popular, un magnífico y palpitable trozo de ternura, afirmado al embrujo de una sola palabra: *tocayo, tocaya*. Lentamente el cuento rueda sobre circunstancias triviales, que no prometen madurar en ningún alto de gracia. De súbito se arma la escena capital y lo que no aparecía, el hueso centelleante, salta al lector, venciendo por el peso de su propia sencillez y por su delicada humanidad. Juan Acevedo, mozo joven, desea a Juana, muchachita de fuente de soda pobre. Tras largos esguinces, próximo a partir a Los Andes para cumplir con el servicio militar, consigue Juan que Juana se le entregue. La calle está en sombras, llueve. Juana trata nebulosamente de comprender a cuál de



José Donoso.

sus sensaciones debe ahora distinguir como placer. En esta duda se encuentra, cuando Juan apoya la cara sobre el cuello de la muchacha, ella lo acaricia, y más que unirse por la carne, se juntan en la palabra afectuosa:

"Cuando sintió junto a su oreja el pestañear de Juan, que así respondía a su caricia, Juana murmuró:

—Tocayo...

El río y su risa fue un resoplido tío en el cuello de Juana:

—Tocaya... —respondió.

Y se quedaron inmóviles un rato". (Pág. 27.)

En Biblioteca Nueva de Zig-Zag, Luis Domínguez antologa catorce cuentos de Donoso, señalando en su elogio la pasión flaubertiana que lo anima. Escribe Domínguez: "Es uno de esos rarísimos narradores que perduran en las mentes".

(1) Pág. 167 de "Los Mejores Cuentos de José Donoso".